

## ÁRULA DE NARAVAL, DEDICADA A «BARCIAECO»

### I

Hállase Naraval en la zona occidental de Asturias, 22 kilómetros al sur de la costa, por la carretera que va de Luarca a Pola de Allande. Pertenece al término municipal de Tineo, de cuyo centro administrativo dista, también por carretera, poco más de 30 kilómetros. Se asienta sobre una pequeña vega de mediana fertilidad, cruzada por el río de su mismo nombre, afluente del Esva, o Canero, y lo rodean por todas partes montes cuya altitud aproximada oscila entre los 400 y los 900 metros. Figuran entre ellos, a la derecha del río, la Sierra de Valbón y la del Louro (1); al norte, Pico Agudo y El Estoupo, cerrando por el NO la cuenca del río la llamada Sierra de Buseco, de la que forma parte la Bovia de Capiella Martín a la cual se refiere un documento de Corias, del siglo XII, señalándola como uno de los términos de *Uillar Gegine* (2), hoy Villar de Navelgas.

---

(1) La denominación *Sierra de Louro* figura en el mapa de Asturias de Schulz, así como en la monografía de Félix Infanzón García Miranda, publicada con el título «Tineo» en *Asturias de Bellmunt y Canella* (Gijón, 1897, t. II, pp. 239-270). Claudio Zardaín (*Remembranzas de antaño y hogaño de la villa de Tineo*, Salamanca, 1930) se hace eco de las palabras de Infanzón y sigue hablando de la sierra de *Louro* (pág. 30), relacionando la palabra con las antiguas minas de oro que por allí había; pero lo cierto es que en la actualidad tal denominación es desconocida por los habitantes de las aldeas vecinas, que dan a las distintas partes de aquella sierra los nombres de *Castandiel*, *Cbanu la Muela*, *Munión*, *Bovia de Monterizo*, *Pico la Cobertoria*, etc.

(2) Antonio C. Floriano.— *El libro registro de Corias*. Primera parte. Oviedo, 1950, pág. 163.

Cuenta Naraval con más de setenta casas que habitan sendas familias ocupadas en la agricultura y ganadería. Radica en el pueblo la iglesia parroquial de San Salvador, comprendiendo, además, la feligresía las brañas de Monterizo, Businán, Silvallana, Folgueras del Río, Braña-Escardén, Candanedo, Aristébano—ésta última del concejo de Luarca—, y el pueblecillo de Nera. La población de la parroquia sobrepasa el millar de habitantes, siendo la mayor parte de ellos brañeros o *vaqueirus*, entre los cuales todavía existen varias familias que sólo residen en la parroquia durante cinco o seis meses del año, pues, llegada la primavera, se trasladan con sus enseres y ganados a la *alzada* o puerto, para regresar en el otoño a su morada invernal.

## II

Entre el pueblo de Naraval y Pico Agudo, a media ladera, todavía se ven hoy vestigios de lo que debió haber sido un castro. La gente de los contornos los llama *Castillo Mangelón* (3) y en varias ocasiones los buscadores de tesoros han removido sus piedras y abierto hoyos, estimulados por el hallazgo de algunas monedas romanas que yo no he conseguido ver. Como todos los castillos antiguos, tiene su leyenda: que lo construyeron los moros y que debajo de él, al nivel del río, dejaron escondido un buey de oro. Al lado del castillo hay un pequeño manantial que casi desaparece en el verano. De aquellas ruinas se ha bajado piedra en varias ocasiones para el pueblo, como ha sucedido también en otros castros de las parroquias vecinas (Paredes, Muñalén, Navelgas, Santiago Cerredo ..)

De las explotaciones auríferas de época romana (4) quedan restos en varios puntos al rededor de Naraval, principalmente en las inmediaciones de la ermita de Sandamías—*La Carcubona*, *La Carcubina*—, y al lado opuesto del pueblo, en la Sierra de Louro, cuya ladera septentrional estaba flanqueada por un cauce que conducía el agua desde las fuentes del río hasta la collada de Castandiel, en el límite con Navelgas. De ese canal se conservan aún trozos convertidos en cami-

---

(3) Francisco Coello en su «Mapa del principado de Oviedo», Madrid, 1870, lo llama *Castillo de Manxillón*.

(4) El diario ovetense *La Nueva España* publicó, del 18 al 25 de mayo de 1951 una serie de artículos de su colaborador Cabal Valero acerca de las explotaciones auríferas que se están realizando entre Navelgas y Naraval. El primero de dichos artículos está dedicado a los antecedentes históricos.

no que recibe hoy la denominación de *La Antigua* o *Carril de los Moros*. Al final del cauce, en el sitio llamado *Chanu la Muela*, subsiste un gran depósito casi circular cuyo diámetro anda por los veinte metros. Allí tenían los moros, según la fantasía popular, el molino con que molían el oro. Tal es el marco en que fué descubierta la lápida que motiva estas líneas.

## III

En agosto de 1950 con motivo de una visita que hice a Naraval, dos labradores de la localidad—padre e hijo—, llamados Julián García Fernández y Plácido García Gallego, me dieron cuenta de una curiosa «piedra con palabras en latín» que había sido recogida meses atrás por su convecino D. Enrique González González, quien la tenía en gran estima. Me presentaron aquel mismo día al dueño de la lápida y obtuve su beneplácito para fotocopiarla y publicarla.

Interrogados los tres señores acerca del origen de aquel interesante hallazgo, me refirieron que hacia el año 1932 o 1933 otro labrador de Naraval, Manuel de La Claudia, se hallaba roturando un trozo de terreno cubierto de árboles y maleza a la derecha del río, en la falda de la Sierra de Valbón y paraje denominado *Fidalgo*, cuando se encontró con la sorpresa de una piedra bien labrada que desenterró casualmente. Le llamó la atención debido al lugar en que estaba, distante casi un kilómetro de las casas más próximas, y aun le sorprendió más el hecho de que en una de sus caras contenía una inscripción. Naturalmente, no supo descifrarla; pero convencido de que por allí debía haber algún tesoro escondido, de que daría cuenta el texto inscrito en la piedra, se la llevó en secreto a su casa y continuó cavando y removiendo tierra hasta que al cabo de algún tiempo murió alcanzado por uno de los árboles que derribaba. Los hijos del finado conservaron la lápida donde la había guardado su padre, hasta el invierno de 1949-1950; pero al fin, persuadidos de que para nada les servía, la arrojaron a la vía pública donde la vió, afortunadamente, D. Enrique González, quien abonó por ella a sus poseedores veinticinco pesetas, con la condición de que se la llevasen a su finca de *Rius* donde se conserva como adorno en el jardín.

## IV

La piedra es un conglomerado de arena silicea, de color blanquecino, y procede de la cantera de Valbón, pues no se encuentra roca de esta clase en varios kilómetros a la redonda a excepción de la mencionada y otra similar entre Pa-

redes y Merás, casi a legua y media de distancia. Todavía en la actualidad son bien conocidas ambas canteras, no sólo en los concejos de Tineo y de Lluarca, sino también en los limítrofes, de donde vienen los molineros a buscar ruedas de molino, teniendo que hacer en algunos casos recorridos de hasta 100 kilómetros entre la ida y la vuelta.

Presenta el ara en su extremo inferior una cepa sin labrar, de unos veinte centímetros de altura, como para ser hincada en el suelo. En conjunto la piedra, vista de frente, recuerda un poco la delantera de la cabeza de un toro: estrecha en el pié, se va ensanchando hacia la cima, que termina en una superficie combada, ligeramente hundida en el centro, cosa que parece tener relación con los crecientes de luna representados abundantemente en estelas oicomorfas célticas expandidas por toda el área celta, tanto europea como minorasiática (5).

Prescindiendo de los veinte centímetros de cepa tosca, las dimensiones de la lápida son las siguientes: Altura central, 0,37 metros. A derecha e izquierda se aproxima a los 0,40 debido a la curvatura de la cima. Anchura en la parte superior, 0,45 metros. En la parte labrada inferior, 0,28. Grueso, 0,12 metros.

La superficie inscrita se reparte en tres espacios por medio de dos gruesas líneas horizontales en relieve, quedando para el espacio superior una anchura de 0,05 metros en el centro, y de 0,09 en los extremos. El segundo espacio tiene un ancho uniforme de 0,09, y el inferior, de 0,1 metros.

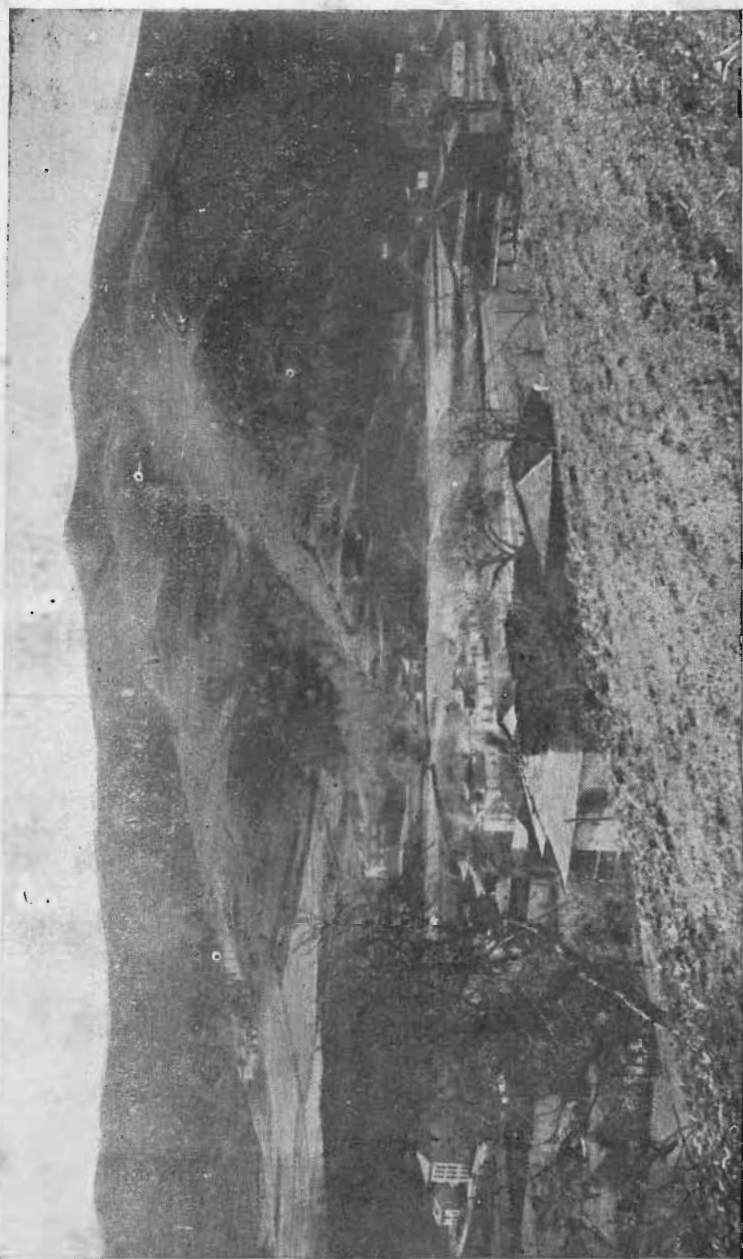
La cara opuesta a la que contiene la inscripción está más toscamente desbastada, lo cual hace suponer que no quedaría a la vista, sino más bien adosada a una pared o cosa semejante. De todos modos y a pesar de su sencillez, el ara ofrece, en especial a quien la mire de frente, un aspecto agradable por la simetría de sus líneas, contornos bien terminados y armonía del conjunto.

## V

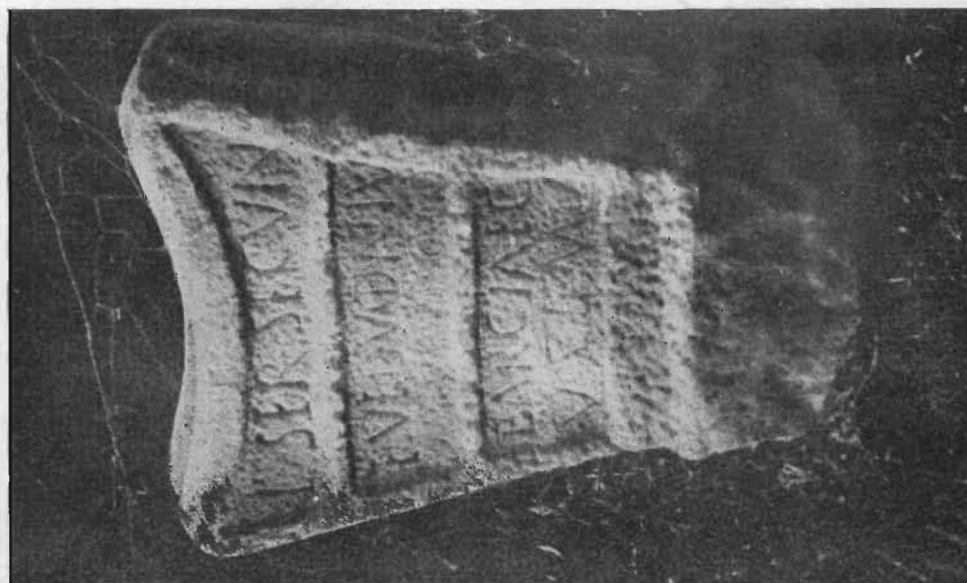
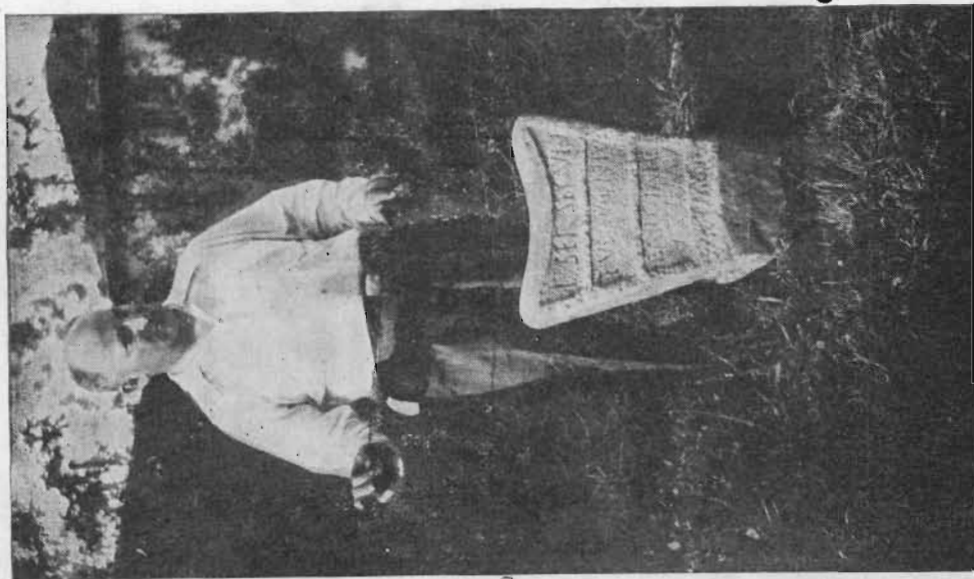
Consta la inscripción de cuatro renglones, correspondiendo uno al espacio superior, otro al siguiente y dos al inferior. Las letras del primer renglón—de unos cinco centímetros de altura—son un poco mayores que las de los otros tres, con la diferencia aproximada de un centímetro. En el segundo espacio se ve que el grabador debió tener la intención de colocar dos renglones y al comprobar, una vez terminado el primero, que le quedaba poco espacio para el otro,

---

(5) Antonio García Bellido.—*Los Albiones del NQ. de España y una estela hallada en el occidente de Asturias*. In *Emerita*, t. XI., pp. 418-430.



I.—Vista parcial de Naraval



dejó una franja horizontal en blanco, dando con ello a entender que procedía a ojo en el reparto del texto.

Las letras se leen todas sin gran dificultad, a pesar de que se encuentra una D bastante erosionada en la segunda línea. Más desgaste aún sufrió la S del renglón final; no obstante se identifica sin mayor esfuerzo por formar parte de una fórmula bien conocida. En las fotografías adjuntas parece a primera vista que se trata de una X, por haber trazado con lápiz uno de mis acompañantes lo que creyó debía ser un palo de dicha letra, pero basta un poco de buena voluntad para convencerse de que no hay tal cosa.

El tipo de letra oscila entre la capital cuadrada y la rústica. Acusan principalmente este último carácter las S, que son bastante estrechas, y de un modo especialísimo las E con los trazos horizontales reducidos a la mínima expresión las cinco veces que figuran en el texto. En la segunda línea se encuentra el signo  $\Phi$  que interpreto como un nexa equivalente al díptongo OI, aunque no lo he visto en las listas de letras enlazadas que reproduce Batlle en su Epigrafía (6).

No existe interpunción de ningún género, si bien el cuadratario tuvo la precaución de suplirla dejando en su lugar espacios más anchos que entre las letras de una misma palabra. Tampoco se aprecian ápices ni acentos, por más que sobre el nexa  $\Phi$  se ve un punto redondo bastante profundo, que pudiera ser casual o quizá corresponder a la cabeza de la I, ya que la O queda un poco más baja que las letras anterior y siguiente.

Las dos líneas horizontales en relieve que sirvieron al lapicida para preparar y distribuir la superficie de la piedra, junto con el marco que la rodea y la curvatura de la cima, constituyen los únicos elementos decorativos.

## VI

El texto inscrito se compone de nueve palabras, de las cuales tres se incluyen en el primer renglón y están representadas por una inicial y dos abreviaturas. Las líneas segunda y tercera contienen sólo una palabra cada una, faltando en ambas la última letra —M, O respectivamente. Bien es verdad que dentro de la C se nota una incisión que, de no ser casual, podría interpretarse como una O dis-

---

(6) Pedro Batlle Huguet.—*Epigrafía Latina*. Barcelona, 1946. En las páginas 18-21 trae las tablas de nexos que Cagnat reprodujo del vol. III del *Corpus Inscriptionum Latinarum*.

minuída, formando nexo con aquella consonante. El renglón final comprende las cuatro palabras restantes, indicadas todas por sus iniciales. La transcripción literal dice así:

L SER SECVN  
 EVEDVΦNIV  
 BARCIAEC  
 VSLM

Con el natural temor a equivocarme y en espera de las oportunas correcciones por parte de los expertos, anticipo la siguiente interpretación:

LUCIUS SERVIUS SECVNDUS.  
 EVEDVOINIVM  
 BARCIAECO  
 VOTUM SOLVIT LIBENS MERITO

Que en castellano diría: *Lucio Servio Segundo, de la gens o clan de los Eveduoines, cumplió gustoso el voto hecho al dios Barciaeco.*

El texto, sobrio, escueto, como suelen ser los que figuran en los pequeños monumentos aun de baja época, contiene sin embargo todos los elementos esenciales a una inscripción votiva. En primer término, el nombre del dedicante, en nominativo, seguido de un genitivo plural que indica el clan o gens a que pertenece. Después, en dativo, el nombre de la divinidad a la cual se consagra el altarcillo, y, finalmente, la fórmula votiva.

Lo corriente es que en esta clase de inscripciones ocupe el primer puesto el nombre de la deidad, colocándose en segundo lugar el de la persona que hace la dedicación; pero no faltan ejemplos de lo contrario en consonancia con lo que sucede en el ara de Naraval.



## VII

Prescindiendo ya del formato original de la lápida, que merecería seguramente un estudio detenido, llaman la atención de modo particular los vocablos *Evedvoiniv(m)* y *Barciaec(o)*, expresivos respectivamente de la gens a que se siente ligado *Lucio Servio Segundo* y de la divinidad que se ha hecho acreedora a su agradecimiento. En ambas palabras se descubre un inconfundible sabor prerromano. El dedicante, a juzgar por su nombre, compuesto de las tres piezas fundamentales—*praenomen, nomen, cognomen*—de que consta la denominación personal entre los romanos, es un ciudadano del Imperio. Pero no se olvida de señalar su origen bárbaro. Lo que no sabemos es donde radicaba la gens de los *Evedvoines*, pues no podemos perder de vista el hecho de que Naraval estaba dentro de la zona de explotaciones auríferas romanas, y aun cuando la minería no alcanzó aquí las colosales proporciones que en el occidente de León (7), no sería improbable que hubieran venido a la comarca muchos individuos de otras regiones, incluso de fuera de la península, para tomar parte en las obras, para vigilarlas o dirigir las. Sólo con esta reserva nos atrevemos a añadir un nuevo clan astur a la lista propuesta por Schulten (8). Tomando, además, en cuenta el de los *Mvniga(m)icos* de la estela de Valduno (9), tendríamos un total de 35 clanes astures de nombre conocido.

Nos parece aventurado, con los datos de que disponemos, buscarle concordancias al *Evedvoiniv(m)*, máxime no habiendo tenido oportunidad de consultar ninguna de las grandes colecciones epigráficas ni otras obras fundamentales de léxico y onomástica. Con todo nos sentimos tentados a llamar la atención sobre *Baedunia* y otras palabras que Schulten considera de la misma familia (10), aunque reconocemos que las semejanzas no son demasiado prometedoras. Quédese, pues, la tarea de esclarecer la cuestión para quien disponga de la bibliografía adecuada y esté más familiarizado con problemas de esta naturaleza.

---

(7) Manuel Gómez Moreno.—*Catálogo Monumental de España. Provincia de León*, 1925. Págs. 89-98.

(8) A. Schulten.—*Los Cántabros y Astures y su guerra con Roma*. Madrid, 1943, pág. 104.

(9) José Manuel González.—*La estela de Valduno*. Separata del núm. 7 del *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 1949.

(10) A. Schulten.—Obra cit., pág. 185.

## VIII

No menos interesante que el anterior nos resulta el término *Barcia ec(o)*. Hasta ahora los topónimos gallego-asturianos *Barcia*, *Barcias* venían explicándose sin excepción como descendientes directos de la base prerromana \*BARCENA (11); y no cabe duda que dentro del ámbito de la fonética galaico-portuguesa tal afirmación es impecable. Pero en Asturias, casi a veinte kilómetros al este de Villapedre (Navia), donde actualmente se encuentra el límite de *-n-* caediza, existen las aldeas de *Barcellina* y *Barcia* (Luarca), que ya en el siglo XII aparecen con las grafías *Barcelina*, *Barzia* (12). Mucho más a oriente, no lejos del Nalón, debía estar situada *Rosbarzia* (13). En cambio a dos o tres kilómetros de Luarca, en dirección a Galicia, estaba la *uilla de Uarzenella super flumine Toran* (14). Ahora bien, ¿cómo explicarse la existencia de aquellas tres formas, en apariencia gallegas, dentro del asturiano y a considerable distancia de la frontera de *-n-* intervocálica caduca? Podría alegarse que en tiempos pretéritos el fenómeno de la caída de dicha consonante penetraba más que hoy en tierras asturianas. Sin embargo sería difícil encontrar pruebas concluyentes para una hipótesis semejante ni en documentos medievales ni en la toponimia de la región, pues el área de *-n-* caediza, cuyo límite por el este coincide grosso modo en la actualidad con lo que debió ser la frontera occidental de los péxicos, no parece que haya sufrido importantes oscilaciones en Asturias. García de Diego, refiriéndose a *Barcia*, opina que esta aldea «sería una fundación de una persona o colonia más occidental» (15). Pero aun este supuesto carece de sólida base en vista de los otros topónimos mencionados, de la existencia de *Uarzenella* más al oeste, y del *Barcia ec(o)* de Naraval. El nombre de esta divinidad nos prueba que al lado de las bases \*BARCENA / \*BARZANA existió otra con distinto sufijo —\*BARCIA—, si bien ha tenido menos fortuna que las anteriores en el transcurso del tiempo. Partiendo de esta forma quedan resueltas de una vez las difi-

---

(11) Joseph M. Piel.—*Nomes de lugar referentes ao relevo e ao aspecto geral do solo*. Separata da RPF, t. I, 1947, pp. 22-24.

(12) Antonio C. Floriano.—Obra cit. Segunda parte, pág. 371.

(13) Antonio C. Floriano.—Obra cit. Segunda parte, pág. 494.

(14) Antonio C. Floriano.—Obra cit. Primera parte, pág. 110.

(15) V. García de Diego.—*Manual de Dialectología española*. Madrid, 1946, página 154.

cultades que plantea la existencia de *Barcia*, *Barcellina* y *Rosbarzia* en la toponomástica asturiana.

Nos preguntamos ahora si no será lícito relacionar con dichos topónimos y con *Barcia ec(o)* el nombre de las ninfas *Varcilena e* (CIL., II, 3067, Arganda) así como *Varcile*, coto de tierra en Arganda, con ruinas de población antigua; *Barciles*, despoblado en el término de Añover (Toledo); *Barcial*, que, según Menéndez Pidal, de quien tomamos estos datos, parece remontar al simple apelativo *barcia*; y finalmente *Barciasco*, *Barciaco*, que se citan en el mismo artículo (16).

La semejanza entre *Barciaco* y *Barcia ec(o)* es tal, que sólo difieren en el primer elemento vocálico del sufijo; por lo cual no resistimos a la tentación de transcribir las siguientes palabras que publicó Hernando Balmori en 1935:

«En cuanto al diptongo *ai*, en la supuesta forma *\*ataik̄l̄*, lo vemos aparecer alternando con *-ā-* en formaciones con *-k-*: *-āicus*, *aecus*. En un mismo nombre se encuentran ambos tipos: *Paciacus*, *Paciaecus*. Probablemente es un hecho más que entra en la lista céltica de alternancias *ai*: *ā*, de que nos dan cuenta *Mars-trander* y *Lotn*» (17).

## IX

Volviendo al *Barciaco* de nuestra ara, se nos ocurre preguntar: ¿qué numen se esconde tras esa extraña denominación? Ante todo no es de creer que nos hallemos en presencia del nombre propio de una divinidad; por el contrario, parece que se trata de un adjetivo, puesto que tienen este carácter las formaciones con el sufijo *-AECU*, de origen céltico para unos, ibérico según otros, pero en todo caso profundamente arraigado en la península. Por tanto cuando Lucio Servio Segundo dedicó su ara, seguramente quiso dedicarla al dios innominado de la *barcia*, vega o terreno llano cultivado que tenía ante sus ojos. Y es curioso que aún hoy conserva el nombre de *Las Bárzanas* un conjunto de tierras llanas

(16) Menéndez Pidal: «El sufijo «en», su difusión en la onomástica hispana. En *Emerita*, t. VIII, 1940, pp. 1-56.—Podrían añadirse otros muchos topónimos españoles (no gallegos) en los cuales se encuentra un primer elemento *barci-* o *barc-* de sorprendente analogía con los citados; pero cae fuera de nuestro propósito el sacar partido de tales homofonías, entre otros motivos, por sernos desconocidas las condiciones del terreno a que esos nombres de lugar se refieren.

(17) C. Hernando Balmori. *Atacina*, *Adaegina*. En *Emerita*, t. III, 1936.

contiguas al *Fidalgo*, donde fué hallada la lápida. Un poco más lejos, como a un kilómetro de distancia, un barrio de Naraval recibe también el nombre de *La Barzaniella*.

## X

No conteniendo la inscripción ningún dato cronológico, le resulta difícil fecharla a un profano en Epigrafía. El hecho de que el dedicante sea un indígena que había alcanzado la ciudadanía romana, nos hace pensar en un momento relativamente tardío; mas este detalle no es decisivo. Por otra parte la lengua se nos presenta con caracteres arcaizantes en la conservación de los diptongos *-oi-*, *-ae-*, diptongos que no reflejan seguramente la pronunciación de la época, cuando menos por lo que se refiere a palabras latinas, pues el primero de dichos diptongos se había monoptongado ya en el siglo II antes de Jesucristo, y el segundo, aunque se conservó hasta más tarde, debía tener ya el sonido de *e* abierta, toda vez que ésta era la pronunciación dominante en tiempos de Varrón en la campiña romana (18). Tampoco puede sacarse ninguna conclusión decisiva de la forma de la letra. Sin embargo Gómez Moreno, refiriéndose a la inscripción bilingüe de Lamas de Moledo, opina que es del siglo segundo de nuestra era, fundado principalmente en el tipo estrecho de las E, con rasgos transversales muy cortos (19). Dejándonos guiar por la autoridad de tan ilustre maestro, y dada la coincidencia de forma entre las E de ambas inscripciones, podemos asignarle a la nuestra una datación aproximada, aunque la letra sea mucho más correcta en el árula de Naraval que en el peñasco portugués.

MANUEL MENENDEZ GARCIA

---

(18) Max Niedermann.—*Phonétique historique du Latin*, París, 1940, pág. 83.

(19) C. Hernando Balmori.—*Inscripción bilingüe de Lamas de Moledo*, in *Emerita*, t. III, 1935.

## SOBRE LAS «JARŶAS» MOZARABES

La interpretación de la más antigua lírica romance peninsular (y europea), sigue avanzando. Desde las brillantes páginas de Stern (*Al-Andalus*, XIII, 1948 págs. 229-346), otros investigadores (Cantera en *Sefarad*, IX, 1949, págs. 197-234, Dámaso Alonso en *Rev. Filol. Esp.*, XXXIII, 1949, págs. 297-349; Emilio García Gómez en *Al-Andalus*, XV, 1950, págs. 157-177) han ido completando, corrigiendo y mejorando la versión de estos poemillas mozárabes conservados en las «muwaxxahas» de los hispano-hebreos y los arábigo-andaluces. Además, García Gómez promete para pronto otras tantas «jarŷas» desconocidas.

Algunas de las publicadas están lejos de haber alcanzado una lectura definitiva y satisfactoria; otras pueden recibir todavía mejoramientos de detalle. En estas breves notas, vamos a apuntar alguna corrección, sin pretensiones dogmáticas ni seguridades de haber dado en el clavo.

*Jarŷa* n.º 2. (1). La transcripción de Cantera reza así:

Gar sodes devina            e devinas bi-l-ḥ aqq,  
garme cand' me vernad        meu ḥabibi lsh' aq

Mis maestros D. Alonso y E. García Gómez han aclarado el sentido de *garme* «dime», de un verbo *garir* «decir», pero mantienen para el *gar* del primer verso la interpretación de Cantera «pues». Nos parece algo extraño que en estos cantarillos, en que apenas hay conjunciones, surja esta construcción hipotáctica; preferimos, por ello, ver en *gar* otra vez el verbo *garir*. Por otra parte, si el verbo *devinas* es segunda persona del singular, si el *garme* es un imperativo de singular extraña también ese *sodes* en plural. El texto hebraico da en unos manuscritos la

---

(1) Utilizamos la numeración de las «jarŷas» establecida por Stern, artículo citado. Por dificultades técnicas faltan algunos diacríticos en las transcripciones árabes o hebreas.

lección  $\bar{s} w \bar{s}$ , en otros (el B de Oxford 1970 y el F. de Frankfurt 159)  $\bar{s} y \bar{s}$  lo que preferimos, leyendo *si yes* «si eres» en lugar de *sodes*. La forma *yes* no es nada rara; en otra jar $\bar{y}$ a tenemos *yed* «es». Así leeremos:

Gar si yes devina            e devinas bi!- ḥaqq;  
gar-me cánd me vernad        meu ḥabibi lṣḥaq.

Esto es: «dí si eres adivina y adivinas en verdad; dime cuándo me vendrá mi amado Isaac».

Jar $\bar{y}$ a n.º 3. La interpretación de Cantera es enteramente satisfactoria. García Gómez señala que para el metro sobra una sílaba en el primer verso. ¿No podría leerse *Çidiel* en lugar de *Çidielo*:

Des cand meu Çidiel véned...

Jar $\bar{y}$ a n.º 4. Con las correcciones de D. Alonso y García Gómez la transcripción de Cantera resulta así:

Garid vos, ay yermanelas,  
cóm' conteneré meu male.  
Sin el habib non vivréyo  
ed volarei demandare.

Encontramos que el ms. A. (Oxford 1971) vocaliza parcialmente (Stern, página 314). El *kim* del segundo verso resulta *kim*; y, de nuevo como Cantera, leemos a el aleph anterior a *meu*:

qui m' contenerá meu male,

esto es: «quién me contendrá mi mal».

Tampoco parece muy claro el último verso; descomponemos *ed volarei* «y volaré» de esta forma:

ad ov' l' irey demandare?

es decir: «a dónde (ove < u b i) le iré demandar»; creemos que gana el sentido: «sin el amado no viviré, a dónde iré a demandarlo (a buscarlo)?».

Jar $\bar{y}$ a n.º 10. Ni Stern ni Cantera llegaron a ninguna conclusión respecto a estos versos. El único que ha hecho un ensayo de interpretación es García Gómez:

«Asà k' eṣ naṣer bi ḥad.  
Querbád,  
mewṣ welyoṣ maiṣ enfermád!

que traduce así: «Quizás es nacer con desgracia (?). Quebráos, ojos míos, y enfermád más! Ya advierte que no concuerda con el metro requerido. Se nos ocurre que no puede aceptarse *naṣer*, por que la  $\zeta$  del espakol *naṣer* no habría sido transcrita con  $\bar{s}$  in, sino con samekh (como *coraçon* en la versión de don Todros Abulafia de la jar $\bar{y}$ a 9) o con gimel (como *coraçon* en la jar $\bar{y}$ a 9 de Yehudá Ha-Leví);

el  $\bar{s}$ in corresponde siempre a s romance, no a ç o z antiguas. ¿No habría que leer: «*Asà ke sanased...* «quizá que sanase»? Los otros dos versos, ¿no serán uno sólo? En alguna edición (I. Zmorah, Tel-Aviv 1946, según afirma Cantera) sólo consta esta jar $\bar{y}$ a de dos versos. Leeríamos con alguna corrección (yod por re $\bar{s}$  en el verso 2):

qui ved meus welyos mais enférmad.

Es decir: «Quizás sanase por fortuna! Quien ve mis ojos más enferma».

Jar $\bar{y}$ a n.º 13. También García Gómez es el primero que da una versión clara y de sentido preciso e indudable. Pero tanto Cantera como él, creemos que se equivocan al transcribir *Vayades, vaydes* o *vades* en el primer verso. El texto hebraico trae: *byd's*, con samekh y no con  $\bar{s}$ in; por lo tanto no puede tratarse de s romance, sino de ç antigua o de sin árabe. Prueba de ello que en estas jar $\bar{y}$ as el samekh aparece exclusivamente en esos casos. 1. y 11. sydy, 2. Ishaq, 3. sydielo, 6. yusallim, 9. coraçon, 10. çasà, 12. Valencia etc.

E. ALARCOS LLORACH

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

JOSE SIMON DIAZ.—**Bibliografía de la Literatura Hispánica**, t. II. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1951. Un volumen de XII+387 páginas.

La crítica española y extranjera, así como los estudiosos de nuestra Literatura han dispensado una muy favorable acogida al tomo primero de esta importantísima obra, tomo que se dedicaba a los trabajos histórico-críticos de carácter general y del que nos ocupamos en el número anterior de la REVISTA. Recientemente ha visto la luz el tomo segundo, que recoge los estudios bibliográficos de carácter general. (Luego de ambos tomos, a partir del tercero el contenido se distribuirá y ordenará por épocas y autores, indicando en cada caso manuscritos, ediciones, traducciones y estudios, todo ello acompañado de ilustraciones: iconografía, autógrafos, portadas, etc.)

El tomo segundo comprende: Bibliografías de bibliografías.—Bio-bibliografías generales. a), de Literatura; b), de Literatura y otras materias.—Bio-bibliografías especiales. a), por temas; b), por lugares; c), por características personales (sexo, nobleza, profesión, estado religioso; vgr.: los *Apuntes para una Biblioteca de Escritoras Españolas desde el año 1401 al 1833*, de Serrano y Sanz). (Se incluyen también en este epígrafe los catálogos y diccionarios de anónimos y seudónimos y las bio-bibliografías de Ordenes religiosas).—Índices de publicaciones periódicas.—Historia de la imprenta.—Catálogos de bibliotecas dispersas. Cuatro útiles índices: de autores, de lugares, de materias, de bibliotecas utilizadas facilitan el manejo de tan considerable contenido (2.124 fichas).



63 bibliotecas han sido consultadas y utilizadas para la preparación de este tomo, en el que se pone de manifiesto una vez más la seriedad científica y el rigor técnico de su autor. Agrada ver cómo rincones literarios que el recensionista conoce bien de cerca constan puntual y escrupulosamente recogidos en la obra.

A Simón Díaz y al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que hace posible con su generoso e inteligente patrocinio la aparición de esta Bibliografía de la Literatura Hispánica, vayan nuestra felicitación y nuestro agradecimiento.

JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO.

CARLOS BOUSOÑO.—**La poesía de Vicente Aleixandre.** Madrid, Insula, 1950.

Poco tiempo hace que en España se empiezan a componer estudios de estilística. Probablemente, dentro de un par de siglos, parecerá ésta un método tan insuficiente y superficial como se nos antoja ahora el filológico aplicado a la literatura; pero, hoy por hoy, no hay otro camino para penetrar algo en la corteza de las obras literarias. Es Dámaso Alonso, sin duda, el iniciador, en nuestro país, de estas cuestiones, y además su teorizante máximo. Su magisterio ha impulsado a algunos jóvenes a seguir esta ruta resbaladiza de investigación. Un aprovechado discípulo le ha surgido en el autor del trabajo que reseñamos. No sólo ha sabido captar las trampas sutiles que ha tendido el maestro a los fenómenos literarios españoles—con presas más o menos ricas—, sino que adopta también su andadura didáctica: ese su insistente machacar y remachar los puntos y hallazgos importantes—tan fructífero sobre los distraídos alumnos de un aula—, ese apelar oratorio y dramático a la atención del lector (u oyente) con apartes líricos, ese pararse a cada mijero del viaje escudriñador y retromirar la perspectiva de los hitos dejados a la espalda. No está mal; pero, a poco, se hará manierismo la expresión científica del maestro, y veremos Jorge-Manueles (sin la llama del «divino Griego»). Atención, pues, a esta nueva retórica vigésimosecular, que puede sustituir a la tan vapuleada decimonónica.

El libro comprende varios apartados: sendos estudios de la imagen, de la versificación, del estilo (y sintaxis), y del mundo interno del poeta Vicente Aleixandre. Luego, un a modo de apéndice sobre las fuentes de éste. Además, una conclusión final, que recoge las conclusiones de cada apartado, las cuales son a su vez resumen de las conclusiones de cada capítulo. Con esta técnica de exposición, el autor logra plenamente que sus afirmaciones se graben en la mente del lector, pero también las páginas del libro han proliferado en demasía.

En conjunto, la poesía de Aleixandre queda explicada clara y exactamente. Ahora, el profano de buena voluntad que se ponga a leerla, perderá sus miedos y encontrará una brújula leyendo previamente el estudio de Bousoño.

Creemos, sin embargo, que para analizar la poesía de Vicente (como hoy se dice—todos nos damos palmaditas sobre los hombros), no hacía falta tener a Góngora constantemente delante. El atrabiliario cordobés acompaña al autor como verdadera obsesión a lo largo de su estudio. Nada de común entre *Las Solitudes* y *Sombra del Paraíso*, aunque tal vez, sí, es la lengua poética de Góngora una falsilla en que apoyarse. Pero no era necesaria. El autor habría expuesto muy bien los resultados de su análisis, sin auxilio de aquélla, y acaso ganando en precisión.

La sombra de Góngora—de la lengua poética de Góngora—se cierne, sobre todo, en la primera parte, estudio de la imagen. También ensombrecen este apartado ciertos distingos que luego el autor desdibuja y confunde, tácita o explícitamente. Nos debería haber explicado mejor (si es posible) esas diferencias entre «símbolos», «imágenes visionarias simples o continuadas» y «visiones», sin excederse en demasiadas consideraciones generales, y despreocupándose de su antigüedad o novedad en la poesía. Algunos ejemplos, con nombres nuevos o como novedades sin bautizar, no pasan de añejas figuras o tropos de la añosa retórica (que tan bien conocen los «estudiantes de lenguas clásicas»).

De todas formas, las interpretaciones del autor sobre los versos de Aleixandre son acertadas, y muestran finamente el «mecanismo» asociativo de las imágenes del poeta.

Una observación a lo que se llama «permutación de imágenes simples» (página 87 y siguiente), por ejemplo *espadas como labios* (que el autor traduce «labios como espadas»). No hay que pensar sólo en el chiste «balines como garbanzos»; se basa en usos como: *Tenemos a un imbécil como profesor de alemán, Uso los periódicos como combustible etc.*, y el cómo viene a resultar equivalente a «en función de», «en lugar de». Es decir, el plano A indica la «función» (sensu lato) del plano B, que es la «esencia» (según el poeta, claro); es el desdoblamiento del «objeto» real en lo que es su «esencia» para el poeta (B) y lo que es su «función» (A): *espadas como labios*, la «esencia» *espadas* «funciona» como *labios*.

Luego expone la versificación de Aleixandre. Se percibe el deseo persistente de reducir a regularidad y a norma el que se llama *versículo* del poeta. Deseo laudable; porque, en efecto, no es tan libre el verso libre como se dice; tiene sus límites esa libertad, como todas las libertades hispánicas; se renuncia a la rima, pero no se es indiferente ante ella, si la aporta el azar: se la destierra (creo que es difícil hasta encontrar asonancias cercanas entre los versículos), lo cual es otro modo de cohibirse. Hay alguna observación que conviene corregir, no fué Rubén un inventor osado al mezclar endecasílabos de gaita a las «normales» italianos, ni

Garcilaso hace tal mezcla por inhabilidad o primitivismo; tal mezcla es consustancial del endecasílabo italiano, ya en Dante: *Ripresi via per la piaggia diserta*. Otra cuestión: el subcapítulo referente a «ritmos hexamétricos» (pág. 116 y sigs.); así llama Bousoño a versos como éste:

de los ráyos celéstes / que adivinában las fórmás,  
que está tomado del tipo de verso con que Rubén Darío intentó adaptar el hexámetro latino:

ni entre mómias y piédras / réina que habíta el sepulcro.

El autor toma como resultado silábico de esta adaptación la suma de un hemistiquio de 7 y otro de 8 sílabas; con ello llama anómalos otros tipos formados por 5 más 8 sílabas, o por 7 más 10 sílabas, tanto en Rubén como en Aleixandre. El verso de Rubén

digán al orbe: / la alta virtud resucita,  
y el de Aleixandre  
luna ferviente / que aparecida en el cielo,  
son interpretados así.

~~~~/ ~~~( ) / ~~~ / ~~~ / ~~~( )

considerándolos con cinco pies; y los versos

no despiertan entonces / en el tronco del roble gigante  
que se tiende inefable / más allá de su misma apariencia  
de Rubén, y de Aleixandre, son esquematizados así:

~~~~ / ~~~~~ / ~~~~~ / ~~~~~ / ~~~~~

«o sea, cinco antidáctilos o anapestos», dice el autor.

No hay tal anomalía. Veamos la adaptación del hexámetro por Carducci, que estaba más al tanto de lo que era la métrica clásica. El hexámetro, aunque con pies fijos, tenía fluctuación silábica (desde 13 a 17 sílabas, según la mayor o menor presencia de dáctilos o espondeos), y además tenía diferentes tipos de cesura entre sus dos miembros (pentemímera o trocaica); en el caso de la pentemímera quedaban en el segundo miembro tres pies y medio, en la trocaica una sílaba breve y tres pies. Así en Carducci encontramos adaptaciones con diferente número de sílabas y con diferentes cesuras:

El cielo in<sup>3</sup>freddo / fulgore adamántino brilla,  
con catorce sílabas, con cesura pentemímera, según el esquema

— — — — — / — ~~~ ~~~ — — ;

o bien:

Bacio di luce che inonda / la terra mentre alto ed immenso,  
con 17 sílabas y cesura trocaica, según el esquema

~~~~ ~~~ ~~~ ~~~ / ~ ~~~ ~~~ ~~~ — — .

Y también éstos, iguales a los «anómalos» señaladas por Bousoño:

su'l fòro, lieve / sfumando a torno le moli.

según el esquema

— — — — — / — — — — —

con 5 más 8 sílabas y censura pentemímera (y el máximo de espondeos); y

ancor pensoso ammira / come già t' adoravan su' l monte,

según el esquema

— — — — — / — — — — —

con 7 más 10 sílabas y cesura también pentemímera (y el máximo de dácilos).

El error consiste en creer que, en la adaptación, toda sílaba romance átona equivale siempre sólo a una breve latina; vemos que se computa también como una larga, cuando se trata de espondeos, lo mismo en Rubén y Aleixandre, que en Carducci. Además, el esquema acentual sólo rige, en la adaptación, en el segundo miembro del hexámetro.

Después de estas cuestiones métricas, tratadas, como hemos visto, algo flojamente y con el empleo no muy adecuado de la nomenclatura grecolatina, el autor pasa al estudio de los que llama D. Alonso «significantes parciales» de la obra poética. La agudeza del autor se muestra mejor aquí que en las páginas anteriores del libro. Salvo algún detalle, está bien vista la relación entre el ritmo o la sintaxis y el contenido de los poemas de Aleixandre (el dinamismo de ciertas palabras, el valor de la conjunción «o» y de la negación etc.), y bien expuesta la estructura de las composiciones y la «Weltanschauung» del poeta.

Como libro de poeta que viene a la crítica, se lee amenamente; como libro científico, para nosotros, los enjutos lingüistas de esparto, nos hubiera bastado la mitad (sin pathos lírico didáctico).

E. ALARCOS LLORACH

BERTIL MALMBERG.—**L' espagnol dans le Nouveau Monde-problème de linguistique générale**, Lund 1948. **Notas sobre la fonética del español en el Paraguay**. Lund 1947. **Etudes sur la phonétique de l'espagnol parlé en Argentine**. Lund 1950.

Nos era ya conocido el romanista sueco B. Malmberg por sus importantes trabajos en el campo del francés y en el de la fonética. Últimamente ha dedicado su atención a problemas hispánicos. Muestra de ello, son los tres estudios de que aquí damos cuenta, todos referentes al español americano.

El primero, que apareció en la revista *Studia Linguistica*, es un cómodo y claro primer para el estudio de las modalidades dialectales americanas del español, principalmente en lo que respecta a fonética; ofrece una exposición sistemática de los fenómenos americanos que se apartan del español normal. Por otro lado, esta exposición sirve de base para la discusión del problema de los sustratos (y superestratos); y en esto reside lo personal del trabajo. ¿Son los sustratos (o superestratos) los que conducen a la diferenciación dialectal? El director del Instituto de Fonética de la Universidad de Lund elige cuatro territorios: el Perú, Chile, Paraguay y la región de La Plata. Del examen de las condiciones sociales y culturales de estas comarcas durante la conquista y la época colonial, llega a la conclusión de que las lenguas indígenas han influido en el español sólo en determinados territorios limitados donde lo permitieron las circunstancias sociales. Sin conocer estas condiciones sociales o culturales, no puede estimarse debidamente la importancia del sustrato. Los hechos de sustrato y superestrato no son consecuencia inmediata y necesaria de mezcla de razas o pueblos; no se trata de biología, como creían van Ginneken y Bröndal, sino de algo social y cultural. Coincidiendo con Amado Alonso, el autor repite la frase de éste: se trata de «herencia cultural y no biológica: *thesis*, no *physis*».

El segundo opúsculo, separata del anuario de la «*Vetenskapssocietet*» de Lund, expone los resultados de la pesquisa fonética del autor en el Paraguay (contrastados con observaciones de otros investigadores). Las características del español del Paraguay se atribuyen aquí a la condición bilingüe del país: la mayoría de sus habitantes tienen como lengua materna el guaraní, y aunque el español es la lengua oficial, tiene un carácter de lengua culta, menos sujeta por tanto a evoluciones. Así, explica, por el carácter no popular del español, la conservación como lateral de la *ll*, el español no popular del Paraguay ha podido conservarla, porque el debilitamiento de *ll*; en *y* (y sus variantes) se da por el desgaste y menor esfuerzo de la lengua hablada y descuidada. Pero nos parece insuficiente esta explicación. El guaraní, aunque no tenía *ll* en su sistema fonológico, la adquirió en contacto con el español; si hoy hay *ll* en el guaraní y éste es lengua hablada en la intimidad y por tanto sujeta a relajación, ¿por qué esta *ll* no se ha debilitado en *y*? También atribuye el autor al carácter culto del español —desechando la explicación guaraníca de Amado Alonso—, la conservación de los hiatos en *baúl*, *país*, etc., frente a la diptongación popular americana (y peninsular) *bául*, *país*, etc. Por el contrario, es partidario de explicación sustratística en la pronunciación paraguaya de toda *y* como africada, no sólo en posición inicial como en español (*yunque*), sino entre vocales, donde el uso castellano presenta fricativa (*muyo*). Malmberg explica esta generalización de la africada por la existencia en guaraní de una consonante palatal africada sonora. También pone en relación con el guaraní la asibilación del grupo *tr* (quasi *ch*, pero apical),

aunque es un desarrollo fonético normal y aparece extendido por variadas regiones de España y América (como estudió brillantemente A. Alonso), porque esta tendencia puede haber sido ayudada en determinados territorios por disposiciones autóctonas.

Por último, el tercer trabajo (de la serie «Etudes romanes» de Lund, dirigida por Alf Lombard), es un amplio libro sobre la fonética argentina, especialmente de Buenos Aires, estudiada sobre dos sujetos, y analizada experimentalmente, con quimógrafo, sobre un tercer sujeto argentino. Añade unos textos, transcritos fonéticamente, y una copiosa bibliografía. El estudio es modelo en cuanto a la exposición de sus materiales y discusiones, no teniendo sólo presente la fonética, sino atendiendo siempre a sus relaciones con el sistema fonológico, lo que era de esperar en el autor de «Le système consonantique du français moderne». No podemos detenernos en la indicación de los distintos aspectos que abarca este libro, que ha de ser muy útil para el hispanista. Únicamente apuntamos unas observaciones de detalle.

Pág. 31. También se oye en la península, en pronunciación relajada o displicente, un *si* pronunciado con un timbre vocálico análogo al de la palabra francesa *saint*, pero con mucha menor nasalización.

Pág. 50. En español la pronunciación de *muy* es tan frecuente con *u* vocal, como con *i* vocal. En el uso o preferencia por la primera influye también la existencia de *mucho*.

Pág. 51, nota 1. La oposición *fluido*: *fluido* no es de dos diptongos *uy*: *wi*, *fluido* es trisílabo, con hiato.

Pág. 58. La misma opinión sobre la calidad difonemática de los diptongos españoles, hemos expuesto en *Fonología española*, Madrid 1950.

Pág. 59 nota 1. Hay asimilación de sonoridad entre consonantes vecinas, cuando la inplosiva es *s*, *z*: *desde*, *hazme*.

Pág. 69, nota 1. Aceptamos que *mh* > *m* se da en muchas partes y que esté en armonía con la tendencia silábica del español; pero ¿por que en un determinado territorio—la zona pirenaica—no podrá deberse a la influencia de los oscos? ¿No da el autor como guaraníctico en el Paraguay la asibilación de *tr* que también es normal y general?

Pág. 86. *Ahora* y *Ahora* no tienen el mismo étimon: *bac hora* y *ad horam*.

Pág. 87. Nos complace coincidir con el autor en la interpretación de *gw-w* (*Fonología española*, Madrid, 1950).

Pág. 109. No creemos que la semiconsonante *j* sea variante del fonema *y*.

Pág. 113. Navarro Tomás sí menciona la existencia de una variante labiodental de *m* (*Manual de Pronunciación* § 89).